Muerte en el Tercer Reich

Jean-Christophe Grangé

Muerte en el Tercer Reich

Jean-Christophe Grangé

Traducción de
Gustavo Osorio de Ita

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1605

Título original: *Les promises*

© Jean-Christophe Grangé, 2021
© por la traducción del francés, Gustavo Osorio de Ita, 2022
© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2022
© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2023
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2023
ISBN: 978-84-233-6310-0
Depósito legal: B. 4.369-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Certificado PEFC
Este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y fuentes controladas
PEFC
PEFC/14-38-00305
www.pefc.es

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Para Megumi

I

Los soñadores

I

—Todo ocurre en la campiña. Ella llega una mañana de invierno.

—¿Ha tenido oportunidad de ver aquellos lugares?

—No. He vivido en Berlín desde siempre, y detesto salir de la ciudad.

—Esta pequeña niña, descríbamela.

—Viste el uniforme de la Bund Deutscher Mädel, con su corbata negra, una falda larga y el escudo estampado con el águila del Reich. La veo acercarse entre la bruma. Ella me dice: «Vengo de parte de Hitler».

—¿Así, tan directo?

—Sí. Como si Hitler fuese de su familia o un conocido, no sé. Es absurdo. A lo largo del sueño cada detalle se encuentra recubierto de cierta extrañeza, de algo inexplicable.

—Pero siempre pasa así con los sueños, ¿no?

Simon Kraus le dirigió una sonrisa de complicidad. La mujer no se la devolvió. Era hermosa, elegante, iba ricamente vestida. *Como todas las otras.*

—Continúe, por favor.

—Ella se acerca de nuevo y puedo ver mejor su rostro. Está muy pálida y tiene la piel picada por la viruela. Su cabello es rubio. De un amarillo... desagradable. No puedo dejar de mirarlo.

—Desagradable... ¿A qué se refiere?

—Es del color de... la orina. Eso es lo que me digo a mí misma en mi sueño: «Esta niña con un cabello del color de la orina». Empiezo a sentir una violenta náusea.

Simon nunca tomaba notas. Un micrófono escondido debajo de su escritorio registraba cada sesión. Por otro lado, le encantaba garabatear, dulcemente, retratos de sus pacientes.

Esta era nueva. Un reto para el dibujante aficionado que era. Cejas altas (falsas; las reales se las había depilado) que evocan acentos circunflejos, boca pequeña como un terrón de azúcar, nariz respingona, las manos largas y delgadas... *Concentrémonos.*

—Mientras ella me habla, noto varios detalles. Al principio ella está sujetando una pala entre las manos. Más tarde noto la carretilla a su lado. Puede ser que ella la trajera consigo, no sé...

Él no dejaba de dibujar, el cuaderno yacía reclinado hacia él, de manera que nadie pudiera llegar a ver a qué se dedicaba. Ya estaba acostumbrado a ese tipo de narraciones. La gente acudía a su consultorio para confiar en él, para describirle sus problemas, sus ansias. Y, sobre todo, para contarle sus sueños.

Simon Kraus era psiquiatra; sin duda, uno de los mejores de su generación. Sin embargo, él prefería presentarse a sí mismo como psicoanalista; incluso si la denominación se había vuelto peligrosa, prestar atención a lo que angustiaba a esas señoras resultaba bastante lucrativo.

—¿Me está escuchando, doctor?

Ella lo miraba desde sus ojos grises, los cuales, a pesar de su vivacidad, parecían desgastados, descoloridos como guijarros en el fondo de un río. Fatiga, sin duda alguna. En agosto de 1939, en Berlín, nadie conseguía tener un sueño reparador.

—La escucho, señora... —miró de reojo el expediente— Feldman.

Durante unos segundos ella se quedó contemplando la decoración. Simon lo había diseñado todo él mismo, con el fin, precisamente, de dar seguridad a sus pacientes (solo recibía a mujeres). Paredes pintadas, color hueso; un sillón tipo «elefante» en cuero color café y un taburete a modo de diván, junto con un grueso tapete de lana con patrones de Kandinsky que daba la sensación de estar caminando sobre las nubes; una estantería de cristal dentro de la cual estaban cuidadosamente colocados sus libros de consulta y, sobre todo, su famoso escritorio art déco bajo el cual, sin que lo vieran, solía quitarse los zapatos.

—Veo en el interior de la carretilla un montón de cenizas. A la luz de la madrugada esta masa forma una mancha pálida parecida al rostro de la niña... A pesar de la niebla, todo está reseco: la ceniza, la tierra azotada por la escarcha, la piel de la niña... Incluso su voz. Como si fuera el producto de un mecanismo oxidado...

Simon casi había terminado su retrato. *No está nada mal.* Alzó los ojos.

—Volvamos a la pala. ¿Qué hace la niña con esa... herramienta?

—Ella me la extiende y me pide que cave.

Detrás de esta escena, Simon solo podía observar la banalidad del miedo que se había apoderado de todos los berlineses. Desde el advenimiento del nazismo, por supuesto, e incluso antes, bajo el régimen de Weimar...

Lo que le resultaba de particular interés al psiquiatra era el trabajo clandestino de la dictadura sobre las conciencias. El NSDAP, Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei, el partido nazi, no satisfecho con controlar los cerebros despiertos, se insinuaba en el interior del mundo de los sueños bajo la forma de un terror puro.

—Y, luego, ¿qué hace usted?

—Yo cavo. Extrañamente, no me doy cuenta de que se trata de mi propia tumba.

—Y ¿después?

—Cuando el agujero es lo bastante profundo, comprendo la situación. Esa chica me disparará en la nuca y volcará el contenido de su carretilla sobre mi cadáver. No son cenizas, sino cal viva. Precisamente en ese momento la niña se ríe mientras saca su arma y dice: «La ventaja con el óxido de calcio es que este no ataca a los metales. Usted tiene joyas de valor, ¿verdad? ¿Dientes de oro?». Me gustaría salvarme, pero mis piernas están tan rígidas como el mango de la pala.

Simon dejó a un lado su cuaderno. Ahora era su tarea acompañar a esta nueva clienta, hacerla salir de allí. Sin juego de palabras.

—Usted sabe, tan bien como yo, que solo se trata de un sueño, frau Feldman.

Ella parecía no comprender. Casi se estaba asfixiando.

—La niña me derribará con una bala y yo, en el fondo de la fosa, yo... yo sigo cavando, como para mostrarle que no he terminado, que debe dejarme unos segundos más con vida para finalizar mi trabajo... Es atroz... Yo...

Se interrumpió a sí misma, tomando un pequeño pañuelo de su bolso. Se secó los ojos y sollozó. Simon dejó que recuperara el aliento.

—De repente —continuó ella—, dejo caer mi pala y trato de escalar los bordes de la fosa. Es entonces cuando mi cuerpo se quiebra.

—¿A qué se refiere?

—Mi columna vertebral se parte en dos. Oigo con claridad cómo se agrieta y me encuentro bocabajo en el suelo, con la sensación de que las dos partes de mi cuerpo se agitan independientemente una de la otra, como una lombriz de tierra seccionada. Levanto los ojos y la veo apuntarme con su Luger (reconozco el arma, mi esposo tiene una igual). Ella cierra un párpado para apuntar mejor; el ojo que tiene abierto es amarillo también.

La mujer dejó escapar una risa burlona entre sus sollozos.

—¡Color de orina!

En la cumbre de un sueño, incluso el menor detalle puede resultar determinante, significativo.

—¿En qué está pensando en ese instante?

—En mis dientes de oro.

Ahogó un grito y se recogió entre sus propios sollozos. Simon se fijó en el vestido de su clienta y recordó que lo había visto en la Kaufhaus des Westens. Todo resultaba un buen presagio. En la próxima sesión le preguntaría sobre su esposo: la carrera de este, sus opiniones, sus ingresos exactos...

—¿Es usted judía, señora Feldman?

Ella se incorporó de un salto, como si la hubieran electrocutado.

—Pero... ¡Por Dios, no!

—¿Comunista?

—¡Absolutamente no! ¡Mi esposo dirige el Reichswerke Hermann Göring!

Levantó las cejas sorprendido, con un punto de admiración. De hecho, él ya sabía algo: la amiga que le había recomendado a frau Feldman había insistido en que su marido tenía bajo su mando gran parte del acero alemán.

Simon le concedió su sonrisa más benévola.

—Bueno, tranquilícese, señora Feldman, su sueño no es más que la expresión de una preocupación difusa, ligada, digamos, al contexto actual.

—Pero ¿qué significa eso?

«Eso quiere decir que todos vamos a morir con una Luger en la sien», casi le respondió, pero prefirió adoptar su singular cara de confianza: «Nada de lo que se diga en este consultorio saldrá jamás de aquí».

—Su mente está bajo una fuerte presión, frau Feldman. Por la noche se libera de su ansiedad a través de estos extraños escenarios.

—Me siento como si fuese una mala alemana.

—Es todo lo contrario. Tales sueños revelan su vo-

luntad de vivir feliz en Berlín, a pesar de todo. Como le decía, está purgando así sus miedos. El sueño es descanso. Y los sueños son el descanso de la mente; su recreación, si así lo prefiere. No tiene nada de que preocuparse.

Al decir esto pensó: *No pierdes nada con esperar*.

Ahora estaba concentrado en sus cejas depiladas. Odiaba esa coquetería. La línea sobre aquellos arcos desnudos tenía algo de obsceno y artificial al mismo tiempo. Simon apreciaba la belleza natural. En ese sentido era muy alemán, y no tan alejado de los nazis, a quienes solo les gustaban las chicas con trenzas, deportistas y rebosantes de buena salud.

—Discúlpeme... ¿Estaba diciendo...? —continuó, tomando de nuevo su asiento.

—Le preguntaba si la sesión ya ha terminado.

Él miró brevemente su reloj.

—Así es.

Enseguida se puso los zapatos, le cobró por la visita y acompañó a la mujer hasta la puerta. Tras unas palabras de aliento —se volverían a ver la próxima semana—, dejó en la puerta de su casa a la esposa del acerero Hermann Göring. Una imagen cruzó por su cabeza: tenazas arrancando los dientes de oro de frau Feldman.

Se pasó la mano por el rostro y regresó a su despacho. Rebuscando en su bolsillo, tomó la pequeña llave que siempre llevaba consigo, al final de una cadena atada a su chaleco, como un reloj de bolsillo.

Con cautela (y siempre con el mismo placer), abrió la puerta del armario contiguo a su despacho. La puerta que conducía a su reino secreto.

2

Completamente revestida de paneles, estrecha y sin ventanas, la habitación no tenía más de cinco metros cuadrados. Iluminada por una lámpara colgante de vidrio esmerilado, evocaba una caja de cigarros gigante o una cabina de ascensor.

En un pedestal descansaba el gramófono-grabador que solía encender antes de cada sesión. A su alrededor, paredes de estanterías donde Simon archivaba sus grabaciones. Cientos de discos grabados que contenían todos los secretos de su clientela. Años de escuchar, de cuidados, de chantajes...

Sujetó la nueva oblea de acetato y la deslizó en una bolsa de papel, en la que escribió el nombre de la paciente, el día y la hora de la sesión. Luego volvió a colocar el disco en su lugar y dio un paso hacia atrás para admirar su tesoro: tres paredes de sueños bien dispuestas.

Los sueños eran la pasión de Simon. Había dedicado su tesis a un enfoque biológico en torno al sueño y luego se había embarcado en el psicoanálisis. Había leído todos los libros disponibles sobre el tema —los nazis aún no los quemaban—. Más tarde, en 1934, partió hacia París para conocer a los mejores especialistas en el campo de lo onírico.

A Simon le fascinaba la complejidad de los sueños, su poder de imaginación, de construcción. Todo lo que esas madejas te decían sobre ti mismo y sobre el mundo. Tenía su teoría: de noche, el cerebro, liberado de sus censuras y de sus miedos, podía afrontar la realidad tal cual era y alcanzaba una lucidez singular. En este sentido los sueños eran adivinatorios: siempre veían lo peor, rompiendo nuestras frágiles protecciones.

¿Quién sabe? Ilse Feldman podría terminar quizá en una tumba que ella misma hubiera cavado, con una bala en la nuca...

Durante los primeros años del nazismo, Kraus se había aventurado a publicar algunos artículos científicos sobre el tema —en aquella época era miembro del Instituto Göring, un refugio para psiquiatras que no eran ni judíos ni freudianos—. Luego se había vuelto más discreto, manteniendo un perfil bajo frente a la oleada marrón. A partir de entonces se había limitado a tratar a mujeres angustiadas que mostraban en sus sueños fuertes sentimientos antihitlerianos y, por lo tanto, antipatrióticos.

Era la ironía de la situación: el Reich estaba siempre intentando averiguar lo que la gente escondía en sus mentes, siempre tratando de controlar su psique, pero había sido él, en su consultorio cerca de la Staatsbibliothek, quien recopilaba los secretos de las esposas y, a menudo, indirectamente, de sus maridos. ¡Ja, ja! ¡Él poseía lo que Hitler no tendría nunca!

A lo largo de los años había llegado a refinar aún más su teoría. Para Freud los sueños eran solo sexuales. Él no estaba de acuerdo. Como decía Otto Gross, un brillante psicoanalista convertido en vagabundo que murió de hambre en 1920: «¡Si Freud ve sexo en todas partes, es porque no fornica lo suficiente!».

Los sueños eran políticos. Tratan de nuestra relación con los demás, con el poder, con la opresión. La mayoría de sus propios sueños solo hablaba de aquello, precisamente: de las humillaciones del pasado (y ¡Dios sabe cuántas hubo!) recuperadas en forma de relatos absurdos, simbólicos, malsanos. Cada noche Simon sufría el martirio al revivir estas heridas, pero este era el precio de su equilibrio.

Había que purgar la herida. Exprimir, durante el sueño, estas laceraciones que aún lo asfixiaban.

En el fondo Simon no era nada más que un revanchista. Podía ser brillante, apasionado, incluso entregado a sus pacientes, a su investigación sobre los sueños; pero

seguía siendo un ser cínico y amargado que tenía cuentas que saldar con los demás.

¿La prueba? Mientras vivía más que cómodamente con sus honorarios como médico, aprovechando encantado el sistema nazi al ocupar un magnífico apartamento que había pertenecido a una familia judía, chantajeaba a sus pacientes.

Hablando de eso, recordó su cita a las cinco con Greta Fielitz.

No podía llegar tarde.

La puntualidad, la principal cortesía de los chantajistas.

3

Simon era atractivo. Incluso guapo.

Pero era bajito. Terriblemente bajito.

Con la barbilla en alto, de puntillas apenas alcanzaba algo así como un metro setenta centímetros, pero prefería no saber por cuánto se estaba engañando. Había olvidado sus últimos pasos bajo el estadímetro. Los había borrado de forma deliberada.

Su pequeño tamaño le había dado otro tipo de fuerza, la de la voluntad. En la escuela, mientras sus compañeros crecían y él no conseguía despegar, había sentido crecer sus fuerzas de otra manera, como si una energía se estuviera acumulando dentro de él, lista para explotar.

Había tenido peleas dantescas, provocadas por las burlas sobre su corta estatura. Una vez en particular, en los baños de la escuela, había recibido una buena paliza, pero aún recordaba la sensación de liberación, el viento que corría por los corredores de cemento, el ruido de los cartílagos de su nariz al chocar contra una puerta de ma-

dera... Estaba feliz de luchar, de poder medir el camino que debía seguir para afirmarse a sí mismo...

El cuerpo de Simon era menudo, pero su mente era grande. Muy rápidamente atacarlo se había vuelto peligroso. La gente ya no lo golpeaba porque temía a su inteligencia. Se había llevado unas cuantas palizas, sí, pero los culpables habían recibido apodos que nunca los abandonaron. Los moretones sanan, los apodos nunca se desvanecen.

Su caso se vio agravado por otra dolencia: era pobre. Otra forma de ser pequeño. Sin embargo, también le dio una razón adicional para resentirse. A menudo pensaba en ese actor que hacía reír a todos y que había nacido en la miseria, Charlie Chaplin. Simon lo imitaba frente al espejo (como él, tenía un andar de bailarín) y se decía, mientras jugaba con su bastón, que algún día él también estaría en la cima.

En sus estudios siempre fue el primero, sin dificultad ni esfuerzo, sin trabajar más de lo normal. Durante años, había pasado ante los ojos de todo el mundo por un genio. Sin embargo, ante sus propios ojos, era eso, su maldito tamaño, lo que siempre lo caracterizaba. «Conviértete en lo que eres», escribió Nietzsche. Debía de haber sido más alto que Simon porque, cuando caminas constantemente con tacones y te golpean con el hombro en la nariz en cada estación de tranvía, te pareces más a eso en lo que te conviertes... a pesar de tu estatura.

Simon Kraus había dejado Alemania entre 1934 y 1936 para estudiar en Francia y después había regresado a Berlín. Vivió el incendio del Reichstag en febrero de 1933, los poderes plenipotenciarios concedidos a Hitler un mes después, la locura de la quema de libros, la noche de los cuchillos largos en 1934 y la noche de los cristales rotos en noviembre de 1938... El único evento que se había perdido eran los Juegos Olímpicos. De cualquier manera, había vivido ese torrente de mierda con total indi-

ferencia. Incluso hoy, cuando la guerra estaba en la siguiente página del calendario, no podía importarle menos. Contaba con que podría sobrevivir al diluvio.

Un recuerdo lo resumía perfectamente. Una tarde, cuando estaba trabajando en la biblioteca, en abril de 1933, de repente se había producido un alboroto en los pasillos. Portazos, golpes de botas, gritos ahogados: «¡Están echando a los judíos!». El único pensamiento que cruzó por su mente fue: «Mientras no ataquen a los bajitos...».

En eso te convierte ese tipo de enfermedad: en un monstruo.

Bajito, sí, pero aun así un monstruo.

Bueno. Simon decidió abrir su armario. Quería cuidar su apariencia ante Greta Fielitz. *Así, así...* Echó una ojeada, a la izquierda, a su colección de ropa de invierno: suéter cuello en V de alpaca color café, saco cruzado negro de lana cardada, gabardina impermeable... No para esa temporada. Luego pasó a los trajes: todos con solapas pespunteadas, de lana, franela y lino... Por supuesto, se trataba de trajes de tres piezas, con chalecos pegados al cuerpo y pantalones de cintura alta, tampoco demasiado altos, pues de lo contrario habrían parecido uniformes de trabajo.

Sus líneas eran mucho más sofisticadas de lo normal: había guardado modelos franceses que enviaba a talentosos sastres, todos ellos judíos, cada vez más difíciles de encontrar.

Finalmente optó por una chamarra de tweed y una camisa tipo Oxford abotonada. Pantalones plisados, zapatos Derby abiertos con cordones, y listo. Un detalle humillante: sus zapatos estaban amañados, tenían suelas de plataforma. Simon sabía desde hacía tiempo que la mejor manera de controlar los chistes sobre uno mismo era inventándolos; había hecho circular este cuando era interno en el hospital de la Caridad: «¿Cuál es la diferen-

cia entre Joseph Goebbels y Simon Kraus? Goebbels tiene una pierna corta, Simon tiene dos».

Volvió a contemplarse en el espejo del guardarropa y notó que los tonos de su chaqueta —musgo, corteza y brezo de las Highlands— rememoraban los uniformes nazis. Muy bien, pasaría desapercibido. Miró el reloj y se percató de que, a fin de cuentas, se había adelantado. Caminó por el pasillo y entró en la cocina para prepararse un café. El apartamento, de más de sesenta metros cuadrados, albergaba tanto su consultorio como sus aposentos privados. En realidad, como había destinado dos habitaciones a su despacho y sala de espera, el espacio donde vivía se limitaba a una cocina, un baño y un amplio dormitorio. Más que suficiente.

Simon cuidaba de su mobiliario, de manera semejante a como lo hacía con sus trajes. Había acondicionado la sala de espera con una mesa de lira de palisandro, dos sillones de cuero de color café y una lámpara de techo cuadrada de vidrio esmerilado. En su habitación la pieza central era un biombo firmado ni más ni menos que por Jean Lurçat.

¿Cómo podía permitirse semejante lujo? Muy sencillo: Leni Lorenz, una de sus pacientes, tenía un marido banquero especializado en la «arianización» de Berlín. Palabra ridícula para designar la pura y simple expropiación a los judíos y la confiscación de sus bienes, que Hans Lorenz cedía a los «buenos alemanes» a precios ridículos.

Así había conseguido Simon ese piso, del cual ni siquiera pagaba el alquiler. Más tarde Leni lo había acompañado a los hangares donde los nazis almacenaban el botín de sus incursiones y habían hecho sus compras, como una pareja joven que se establece. Habían encontrado una manera de hacer el amor detrás del biombo de Lurçat que Simon había elegido. Tierno recuerdo.

El psiquiatra podría haberse avergonzado por el lado «coqueto» de su profesión (Leni lo acogió como una ga-

llina a sus polluelos), pero poco le importaba. Al contrario. Era un gigoló de corazón. Todos sus estudios los había pagado gracias a su trabajo como miembro de la alta sociedad.

Antes de partir no pudo resistir contemplarse una última vez en el espejo del pasillo. Cierto, era guapo. Una frente alta, dominada por un cabello castaño peinado hacia atrás. Del tipo engominado, por así decirlo, pero un engominado un tanto ingobernable, un tanto salvaje, aunque domeñado, se podía decir. En ocasiones una mecha le caía sobre la frente como si un destello de genialidad le estuviera pasando por la cabeza.

Las cejas formaban un acento atormentado sobre los ojos. Si se añadía a esto una mirada azul oscuro, delineada por ojeras de poeta, y unas cuantas pinceladas que dibujaban una nariz recta y unos labios sensuales, se obtenía un rostro irresistible.

Simon eligió, con sumo cuidado, su sombrero. Su guardarropa era su tesoro; su colección de sombreros, su obra maestra. Tenía un par de sombreros de fieltro con un ala ajustada levantada hacia atrás; eran Homburgs, de origen alemán, con su famoso «canalón» adentrándose en la parte superior. Le gustaban porque su copa, semirrígida, lo hacía parecer más alto. Pero ese día se había decidido por uno de sus sombreros fedora, que erróneamente se conocía como «Borsalino», un modelo hecho con fieltro de pelo de conejo. Moldeó el borde hacia delante y se dirigió a sí mismo una mirada de gánster.

Un breve y parco gesto para barrer la pelusa en los hombros... y *andiamo!*